

RÓMULO GALLEGOS

DOÑA BÁRBARA

Prólogo de
Carmen Boullosa

Tiempo de Clásicos Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Herederos de Rómulo Gallegos, 2010

© Del prólogo, Carmen Boullosa

© Ediciones Siruela, S. A., 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

siruela@siruela.com www.siruela.com

ISBN: 978-84-9841-455-4

Depósito legal: M-41.505-2010

Impreso en Closas-Orcoyen

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

Índice

Prólogo

Carmen Boullosa 11

DOÑA BÁRBARA

Primera parte

I. ¿Con quién vamos?	25
II. El descendiente del Cunavichero	37
III. La devoradora de hombres	46
IV. Uno solo y mil caminos distintos	60
V. La lanza en el muro	69
VI. El recuerdo de Asdrúbal	79
VII. El «familiar»	85
VIII. La doma	97
IX. La esfinge de la sabana	106
X. El espectro de La Barquereña	112
XI. La bella durmiente	124

XII. Algún día será verdad	131
XIII. Los derechos de «Míster Peligro»	138

Segunda parte

I. Un acontecimiento insólito	153
II. Los amansadores	169
III. Los rebullones	178
IV. El rodeo	187
V. Las mudanzas de doña Bárbara	200
VI. El espanto del Bramador	209
VII. Miel de aricas	213
VIII. Candelas y retoños	217
IX. Las veladas de la vaquería	225
X. La pasión sin nombre	238
XI. Soluciones imaginarias	243
XII. Coplas y pasajes	251
XIII. La Dañera y su sombra	261

Tercera parte

I. El espanto de la sabana	271
II. Las tolvaderas	278
III. Ño Pernaleta y otras calamidades	288
IV. Opuestos rumbos buscaban	298
V. La hora del hombre	304
VI. El inefable hallazgo	310
VII. El inescrutable designio	320
VIII. La gloria roja	324
IX. Los retozos de míster Danger	330
X. Entregando las obras	338
XI. Luz en la caverna	344
XII. Los puntos sobre las haches	349

XIII. La hija de los ríos	355
XIV. La estrella en la mira	361
XV. Toda horizontes, toda caminos...	365
Glosario de venezolanismos	369

Prólogo

En 1929, el mismo año de la publicación de *Doña Bárbara*, noventa y nueve mujeres forman una asociación de pilotos al terminar una carrera aérea de Cleveland a Los Ángeles. Presidía la asociación Amelia Earhart, quien, como Doña Bárbara, usaba pantalones y era afecta a labores masculinas que ejecutaba con éxito: había volado ya el Atlántico, y en breve repetiría la hazaña de Lindbergh: recorrer sola el trayecto. Escribió en su correspondencia: «Las mujeres deben intentar hacer cosas como lo han hecho los hombres». En el XVII, la escritora Sor Juana Inés de la Cruz lo había deseado, vestirse de varón para llevar la vida académica a la que sólo ellos tenían derecho; otro personaje colonial, la aventurera Monja Alférez, algunas mujeres que pelearon por la independencia de los países latinoamericanos (personajes románticos y también aventureros sepultados en el olvido) y, posteriormente, George Sand lo consiguieron. Está el caso de Sara Bernhardt, que vistió los ropajes de Hamlet, representando el papel que deseó hacer, en el lugar que quiso —el escenario—, sin que fuera un impedimento haber nacido mujer; rompió con la tradición, los varones en otros tiempos y latitudes podían personificar personajes de cualquier género, la Bernhardt se apoderó del alma

atormentada de un varón. Las excepcionales fueron precisamente eso, una excepción, pero en el año de *Doña Bárbara*, en 1929, una centena de empantalonadas pudieron agruparse. Las mujeres estaban por cambiar su lugar en la sociedad.

Doña Bárbara, el personaje, consigue, además del derecho a usar la prenda de vestir y del modo —es una «marimacho», «el más hábil de los vaqueros»—, vastas propiedades, uso de armas, gatilleros a su servicio, ganado (en buena parte por hurto), ejerce labores e inflige abusos, por tradición «derechos» (o ejecución de atropellos) reservados para varones. Su «triunfo» conlleva una derrota anterior, irremontable: de niña no tuvo una vida digna, apenas cobrar cuerpo de mujer padeció el ultraje, la humillación, la violación; su empoderamiento y devorar lo ajeno nacen por su necesidad de venganza.

Si las 99 aviadoras representan la modernidad, Doña Bárbara encarna el retraso; si las 99 viajan a bordo de los artefactos recién creados, provistas de los últimos adelantos tecnológicos, Doña Bárbara echa mano de yerbas, conjuros y brujerías. Doña Bárbara es desobediente de las leyes; las 99 quieren mejores condiciones para la comunidad, por la vía de la ley y los establecimientos sociales. Las 99 son la liberación —de las restricciones impuestas a las mujeres y de la fuerza de gravedad—, infundidas con un sentido de conquista y victoria; Doña Bárbara, astuta y arrojada, es una esclava del pasado, el propio que ella padeció años atrás, y del de la región. Las 99 son el futuro y la esperanza, Doña Bárbara es la frustración. Las 99 son el logro, la satisfacción; Doña Bárbara, el dolor ajeno. Las 99 la ruptura de las cadenas, Doña Bárbara somete a los otros por vía de la violencia. Las 99 son una nueva forma de ser, Doña Bárbara es la superstición, la memoria de las consejas tradicionales. Las 99 consultan por radio las condiciones atmosféricas para decidir su trayecto, Doña Bárbara pasa las noches en vela, preguntando al demonio —«el Socio»— la estrategia a seguir. Doña Bárbara es la tierra, las 99 son del cielo.

Ser como la tierra no es del todo negativo. Como la naturaleza, Doña Bárbara está dotada de fuerza e imán. Ella es la magia, la mentira, el poder generador y la destrucción. Funda y corrompe. Es inclemente, atroz. Como la vara del Moisés previo a la ley, se torna en serpiente y regresa a su condición inerte.

Como una niña feroz, está más cercana al lobo que al hombre. Como la niña que ha vivido en la manada, al ver llegar al más fuerte, sabe que debe someterlo. La llanura no acepta sino un cabecilla.

Doña Bárbara es la heroína sombría, el rencor encarnado. Es lo opuesto de una mujer ejemplar, catálogo de vicios, horrible mezcla de pasiones. Es una «fiera independiente». Es «bastante rica y muy avara». En ella se ha inhibido «la sensualidad por la pasión de la codicia», «un profundo desdén por el hombre había reemplazado al desdén implacable». Es imprevisible y caprichosa, «Con esta mujer no hay brújula. Hasta el caballo, que es bestia, se le descubre lo que esté pensando, sólo con mirarle cuál de las orejas arruga; pero con esta mujer siempre está uno bailando en un tusero».

Doña Bárbara, así sea rica y poderosa, es un personaje marginal por ser mujer, y desde su confinamiento revuelve «hechicería y creencias religiosas, conjuros y oraciones», es «la Dañera», afecta a la magia y a la brujería. No en balde ha llamado a su tierra «El Miedo».

Escribe Rómulo Gallegos: «brujería y superstición, codicia y crueldad, y allá en el fondo de su alma una pequeña cosa: el recuerdo de Asdrúbal». El recuerdo de Asdrúbal la asalta siempre, él era «el amor frustrado que pudo hacerla buena». Así habría sido, de no ser porque lo asesinaron para violarla en masa.

Asdrúbal, un jovencito que dejó su casa por los maltratos del padrastro, encontró a una joven Bárbara, también hija de una familia deshecha, «engendada por la violencia del blanco aventurero en la sombría sensualidad de la india», una especie venezolana de Malinche. Juntos hubieran, tal vez, fundado un mundo fecundo.

Ahora Doña Bárbara requiere de escudos. Doña Bárbara, en *El Miedo*, se ha rodeado exclusivamente de varones: «Para las puñaladas, Melquíades; para las bribonadas, Balbino; para los mandados, Juan Primito. Sólo que algunos mandados de Juan Primito eran como puñaladas». Becerreros, vaqueros, queseros bailan a su son temible.

Está mister Danger, que escapa a su poder. Él («un americano del Norte, nativo de Alaska, hijo de un irlandés y de una danesa buscadores de oro» a quien «le agradó la región, porque era bárbara como su alma») es la fuerza nacida del exterior. Lo sostiene una superpotencia. Medra a la sombra de Doña Bárbara, se aprovecha del terror que ella siembra para enriquecerse. Espera el momento de la cosecha de una joya, la bella Marisela, hija de Doña Bárbara.

Ella no conoce el instinto materno. Su hija, por quien nunca sintió afecto, se transformará en su (involuntaria) rival. La relación madre-hija, cargada de tensiones, está desprovista de ternura, solidaridad, protección. Pese a esto, para Marisela convertirse en adulta es romper con el lazo de la madre (en este caso, la llanura y sus breñas, el abandono) y acceder a la ley paternal, tránsito que puede hacer porque Santos Luzardo le da la mano, Pigmalión por el que Marisela florecerá, su belleza e inteligencia se harán visibles, descubre en él el amor, primero a su benefactor, después, con el sentimiento de protección por un padre enfermo.

Santos Luzardo se cruza entre Doña Bárbara y Marisela, cambia el destino de las dos, pero la tragedia es redención: «El progreso penetrará en la llanura y la barbarie retrocederá vencida».

Con la aparición de *Doña Bárbara* en 1929, coincide otra gran novela venezolana: *Las memorias de Mamá Blanca*, de Teresa de la Parra. Cuatro años antes, en 1924, la misma autora publicó *Ifigenia, diario de una señorita que escribía porque se fastidiaba*. La protagonista de *Ifigenia*, María Eugenia, es el reverso de las 99 pilotos. Caída en Caracas después de

haber soñado en París con una vida libre y cosmopolita, derrotada por la capital venezolana, es una refinada anti-bárbara. *Ifigenia* apareció en el mismo año que *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera, otra gran obra hispanoamericana, novela en la que la naturaleza –en este caso el bosque cauchero– es también la muerte, la violencia, el desenfreno de las pasiones, el imperio sin ley.

En *La Vorágine*, el hombre es derrotado por la selva. Como lo anticipa la primera frase de la novela («Antes de que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia»), Arturo Cova, su protagonista, perderá la batalla. En *Ifigenia*, la protagonista es derrotada por la sociedad. María Eugenia, la de *Ifigenia*, es lo contrario de Doña Bárbara. Doña Bárbara no acepta el destino al que otros quieren condenarla, elude el sacrificio, construye su destino. Arturo Cova es el hacedor de su propia derrota, al aceptar someterse a la selva. Son novelas que dialogan, entablan ejes comparativos (*Doña Bárbara*, de Caracas a la llanura; *Ifigenia*, de París a Caracas; *La Vorágine*, entre la selva y la civilización).

Doña Bárbara es el símbolo de la naturaleza indomable, su voz es «flauta del demonio andrógino... grave rumor de selva y agudo lamento de llanura». Ella es la llanura, y es lo que hay en su centro, el tremedal, «bomba de fango» donde perecía cualquiera que la intentase atravesar. Como el tremedal, es la «devoradora de hombres». Dice Lorenzo Barquero, un «ex hombre» (verdadero andrajo humano, alcoholizado hasta la imbecilidad por míster Danger, humillado hasta la anulación y despojado de todos sus bienes por Doña Bárbara): «¡La llanura! ¡La maldita llanura, devoradora de hombres!», «¡Santos Luzardo! ¡Mírate en mí! ¡Esta tierra no perdona!».

Como la llanura, Doña Bárbara irradia belleza: «La llanura es bella y terrible a la vez; en ella caben, holgadamente, hermosa vida y muerte atroz».

Doña Bárbara es lo femenino que no es maternal ni

dulce. Representa el poder femenino sin freno ni orden, que conquista al varón para someterlo y destruirlo, una suerte de vagina dentada que no ha encontrado presa a su altura, insatisfecha anhela víctimas más sustanciosas, el llano no produce hombres que la merezcan –el que ella mide como un posible par, proviene de Caracas.

Doña Bárbara es también la encarnación de la mujer popular, una «luchona», como las llamamos en México, que batalla por su sobrevivencia con las armas del miserable y desprotegido, al margen del orden y la ley. Por esto también provoca simpatía.

También es, como lo indica su nombre, la barbarie: «la barbarie», se dice Santos Luzardo, encarnación de la modernidad y civilización, «tiene sus encantos, es algo hermoso que vale la pena vivirlo, es la plenitud del hombre rebelde a toda limitación».

La novela *Doña Bárbara* está impregnada de la fuerza del personaje principal, pero lo excede. Su prosa tiene el olor de la naturaleza no domesticable, verdaderamente telúrica. Prosa de selva, de sangre animal, de llano –la leí con melancolía, presenciando un tiempo perdido sin remedio: no se puede escribir ya así, no hay quien crea que la Tierra tiene ese poder energético vital incontrolable; el agujero en la capa de ozono de la atmósfera, la contaminación, el sobrecalentamiento han vuelto nuestra percepción del planeta distinta: peligrosamente frágil, de pronto se levanta en terremotos o huracanes, pero no es ya eso que se percibe en *Doña Bárbara*. Ahora la Tierra, amenazada por los hombres, enferma por los efectos del cambio climático, agobiada por la escasez de agua, sufre la desaparición de grandes superficies de sus bosques vírgenes. A diario pagamos las secuelas de la energía provista por el petróleo y la energía nuclear y eléctrica, respirando basura, padeciendo inundaciones, sequías, climas tórridos o fríos sin precedente. Las consecuencias son trágicas para los habitantes de las regiones más afectadas. Los icebergs revientan y se derriten

entre lamentos propios y ajenos. Cualquier visita a campo abierto nos confronta con bolsas de plástico ondeando en los matorrales o las ramas, tal vez desnudas de un sediento arbusto. La Tierra es hoy como un caramelo que nos hemos ido comiendo, desgastado hasta la fragilidad. Y por ello la escritura es distinta ahora: la prosa ha perdido la fuerza de su consejera.

Doña Bárbara comparte con El Quijote y un puñado selecto de personajes literarios un destino privilegiado: sale de las páginas de la novela, y se establece entre nosotros. Alteró la demografía, es otro más entre nosotros.

También cambió la vida de su autor. La novela fue un éxito instantáneo. Apenas aparecer, fue premiada por un jurado compuesto por Azorín, Gabriel Miró, Enrique Díez Canedo, José María Salaverría, Ricardo Baeza, Gómez de Barquero y Pedro Sáinz, «estrellas mayores del movimiento literario español» (cito a Juan Liscano). Rómulo Gallegos pasó de ser maestro de escuela y director de instituto, en la región de Apura, a senador de Venezuela. El tirano Juan Vicente Gómez había leído *Doña Bárbara*, informado de que estaba escrita en contra de él. «Esto no es contra mí porque es muy bueno. Eso es lo que deben hacer los escritores en lugar de estarse metiendo en revoluciones pendejas.»

Rómulo Gallegos, nacido el 2 de agosto de 1884 en una familia de escasos recursos («Mi padre era pobre y lo persiguió la adversidad en los negocios. Tuve por tanto una juventud escasa»), en Caracas, una ciudad renovada con toques afrancesados, destruido buena parte de su aspecto colonial, que registraba en el último censo, de tres años atrás (1881), 55.685 habitantes.

Escribe Gallegos: «la Caracas de mi infancia, con mucho de pueblo grande apenas y mucho de campo en los patios y corrales de sus casas y hasta en sus calles, entre cuyos empedrados crecía la hierba, la traiga a mi memoria con nostalgias de ésta que ahora que viene reemplazándola, con

presunción de rascacielos, laberinto de tréboles, tránsito aturdidor y lenguas extrañas por sus calles y en sus plazas».

«Terminado el 2.º de bachillerato», escribe Juan Liscano, «los alumnos podían aspirar al grado de agrimensor, y si aprobaban el examen, esto les abría las puertas de la universidad. Consistía en un problema práctico de topografía y una prueba oral. Gallegos deseaba con todo su ser pasar ese examen, pues anhelaba seguir estudios de matemáticas en la universidad. Pero no sabía cómo manejar los instrumentos de agrimensura. Por lo general, los estudiantes universitarios, mediante unos modestos honorarios, resolvían ese problema. Gallegos falló por carecer de la cantidad indispensable para satisfacerlos».

No sobra subrayar que para él la Tierra siempre fue un universo inconmensurable, incapaz de ser medido por útiles prácticos.

A raíz del éxito de *Doña Bárbara*, decíamos, Rómulo Gallegos se convierte en una estrella de la que quiere echar mano el dictador, Juan Manuel Gómez. Así le repugnara el régimen gomecista, acepta, como ya adelanté, el cargo de Senador, al que renuncia cuando la Constitución se altera para imponer de nuevo a Gómez en el poder.

Opta entonces por el exilio voluntario. Muere Gómez. El sobrino de Gómez intenta continuar con el régimen gomecista, lo asesinan por la espalda, acuestan su cadáver sobre ejemplares de otra novela posterior de Rómulo Gallegos, *Canaima*, el tirano había decomisado el tiraje por un pasaje: «Ahí tiene la historia de Venezuela: un toro bravo, tapaojeado y nariceado, conducido al matadero por un burrito bellaco».

Gallegos regresa del exilio. Toma el cargo de Secretario de Educación, después gana las elecciones (primeras libres de Venezuela) y en 1947 es investido Presidente de Venezuela, cargo que ocupa nueve meses, lo derrocan y expulsan al exilio forzado, en Cuba y en México (país donde se había filmado, en 1943, la célebre versión de *Doña Bárbara*

con María Félix, dirigida por Fernando de Fuentes, con fotografía de Alex Phillips).

Es un placer leer la prosa de *Doña Bárbara*. Libro para ser dicho en voz alta, es un clásico, o varios clásicos: por la fuerza telúrica de su prosa, por las vidas de sus personajes, sus cambios, sus tornasoles y claroscuros («había emprendido aquel viaje con un propósito, y ya estaba abrazándose a otro, completamente opuesto»), por las interpretaciones, de las que aquí no he sino apuntado algunas.

Carmen Boullosa